

Pablo
Cortondo

La rotonda del cielo



REVUELTO
MAGALLANES

Poesía

La rotonda del cielo

Pablo Cortondo

Editorial Revuelto Magallanes

ED. REVUELTO MAGALLANES

© Revuelto Magallanes, 2001

ISBN: 987-98929-0-9

Hecho el depósito que marca la ley.

Diseño de cubierta: Alejandro Mezzano
sobre la obra «Rueda Solar» de Sofu Teshigahara.

© **Pablo Cortondo, 2001**

cortondo@bariloche.com.ar

versión digital: noviembre 2004

Indice

VESTIGIOS	6
BLANCOS	18
LA PÓLVORA DEL ALMA	41
Sobre La rotonda del cielo , por Reynaldo Jiménez	49

**a mi padre
a mi madre
a mis hijos**

VESTIGIOS

*« desgarrar este relámpago.
como lienzo líquido despertar
y no esperar —ah, y garras.»*

Reynaldo Jiménez

UNO

no sé porqué.
el salitre de lo pensado hurdiendo las fisuras del cristal.
no saber: intuición de futuro.
especulación en un vasto océano de palabras.
la imagen, irrumpiendo, como sedadora piel que recarga.
ahí, en los labios vencidos decir lo mudo,
la carísima invocación al gesto,
los dientes desafilados que ven pasar el alimento líquido.
una boca visual.
trayendo sales y estatuas que ya no horan,
no lloran siquiera un atisbo.
la extrañeza de un documento antiguo, o un recuerdo.
su olor a presente muerto, su consecuencia.
lo inteligible a medias, experimentado desde lo físico.
parcelado y fantasmal.
como esos gráficos donde hay rectas que se cortan
y definen puntos, denominados con letras mayúsculas.
signando magnitudes de los objetos.
vestigios fisiológicos de retención.

DOS

una cubierta de polvo en la melodía de la idea.
conformando números hechos de líneas verticales.
huesecillos sonando en una columna dórica.
ilusión del sonido, esperando.
en el fondo un rasguído raspa el aire.
palabras danza de lenguas velocísimas.
lluvia que quiere mojar y no moja.
los dedos otra vez, presentes, como látigos
en las piernas de esas ranas.
en un libro inacabable.
señaladores para un movimiento hacia adelante,
líneas que verticalizan el horizonte:
vistas desde la copa del ojo.
como entender y cercar una idea.
acá la parte maniquea, con amarillos de fondo,
heroinados, *héroes*, *no ídolos*
me dijiste también.

TRES

si creyera realmente en la belleza,
no me entregaría a su paradoja.
el sol estalla entre los penachos blancos
de esa araucaria de siempre.
está más alto. ella está más alta.
se posan dos aves, recogiendo sus alas,
hasta pegarlas a esos cuerpitos plumados.
una conversación fugaz,
una mirada que congela.
no hay lágrimas en los leves párpados.
no se puede volar con la carga del agua.

CUATRO

aún la fotografía suspende aquel abrazo.
en la tinta tramada la mujer
muestra el segundo escudo
transparente clavado al muro fresco.
la tela es más oscura en el espejo
aunque está igualmente vestida.
asimetrías de un texto más extenso.

CINCO

no al silencio, ni a la traición de ese silencio.
los niños duermen su almohadón de seda.
rozan el tiempo,
distraen las pulsiones íntimas del goce.
los niños sonrían despiertos:
el sonido es materia que mueve
otra materia.

SEIS

¿en qué lugar,
anterior a mi mismo, me hablas?
el párpado ciega
esta inmensa piel servida.
no hay exaltación en la fábrica.
sólo un animal
que escucha a chopin.
detrás el sueño como muerte
cayendo.

SIETE

cántico
con espesor de
uñas, historias
raspando la pintura.
cápsulas de tiempo,
cursores, esos antiguos faunos:
de la manera más mínima
con el cabello cubriendo todo el piso
caigo.

OCHO

no sólo estoy pensando
ahora que te dejo con mi vista.
cada gesto en la boca aparece
como zozobra de ese instante.

en el umbral de esa cortina de limo,
la intensidad de tu mano.

alguien habrá debajo,
olfateando lo sediento invisible.

la memoria es un ojo vencido.

NUEVE

agitas la manga del vendaval, la seda de la hoja.
el principio no es eterno.
despabilar quemándose los ojos.
en las teclas veo todavía las manchas.
arrear la soga donde suda mi estepa.
celebrado fondo.
sabio el cielo que se apaga a tiempo.
esta noche siamesa.
dentro de la medusa el ansia.

DIEZ

bello desierto magallán con picaditos.
en las mareas submarinas,
el espacio llora.
arena húmeda y pesada,
el hueso de una rosa
y su rocío.

ONCE

placa azulina de esta ciudad fantasma.
conejera de la muerte:
doy de comer con mis ojos abiertos.
verde barca el deseo soplado.
fuera del marco, en la pared dorada,
dentelladas, posibilidades como retratos.
un semicírculo de agua a mis pies.

BLANCOS

*« ¿Misterio del negror?
Espanto de silencio.»*

José Lezama Lima

1

en el tórrido vino fantasmal
en la noche de grandes palabras
de grandes gestos
en este cuerpo.

2

en el temblor de los perros
agitan las sábanas de sus pelambres delgadas.
se toman de atrás como nosotros
como si cogieran el vacío.

3

no a quienes condenan el alarido
en la costa amarfilada de los dinosaurios.

4

una dirección en los alpes
un lugar para trepar y llegar cuando pueda
cuando terminen
las fiestas de disfraces.

5

no más preguntas
la ciencia de la adivinación se ha desterrado
reinará un vacío etéreo y austero
pintaré todo de blanco.

6

en mi bosque
buscando un monstruo llamado forma.
los sauces no crecen en el desierto.
achico los ojos y el mundo,
como una gran filmina, una nave de ónix.

7

se escribe con el punto final puesto.

la ilusión en ese punto, la dirección de la flecha.

se escribe como se vive.

8

con un infinito grito saco
las desvalijadoras.

aparezco devuelto: me ha traído la costa.

9

teñirse la piel
de nuevo y por última vez,
ese es el engaño.

10

lo irresistible de la tela.
la rasgadura, un mar de oro.
en el peor de los tiempos, un tiempo.
como zona lavada, a confirmar
por las esterillas de los asientos.
si la veladura fluyera como inocencia escrita.

11

la bóveda rayada de estrellas
y hogueras debajo de esas nubes.
el lago lleva un río, una isla se desdibuja.
era la piel de la noche.
la misma tormenta sobre la carne,
el murmurar del álamo.

12

tocando la campana a tiempo.
tu propia trampa, el peor enemigo.
llave de barro
sudor de la tierra que señala.
valle hechizado por ecos familiares.
sendas blancas con olor a ovejas y negras
con olor a perros.
millones de grises esperando.
datos para vivir.

13

compartimento de la razón, corazón.
sólo rasguído del aire entre las cuerdas.
vacío opuesto, tassel único.
no lo mismo, sino lo contrario.
la vestidura, el sentido: comer delante
del espejo, los platos invertidos.

14

estepa de salinas.

¿ fue del ángel el movimiento del cristal,
el espacio surgido de la lava ?

¿ creció debilitándose ? ¿ huía ?

luego el segundo alumbramiento, brasadura.

de su raíz, a gritar el manzano.

puranas, compilación de vedas.

como odiseo haya un mundo subterráneo.

tiresias dice a edipo: la esfinge en la roca.

*¿qué es lo que tiene cuatro pies por la mañana,
dos a mediodía y tres por la noche?*

todavía no contestaste.

15

dejo la ventana abierta:
el batik colgado se convierte en violín.
un laberinto y sin embargo, seguís
mi mano a través de la pared fresca.
oído, aullido suave de la lengua.
comiendo fresas en el cementerio.
oscilando como el paisaje de un barco,
que transporta locos.
vientos, alimento.
pliegue trágico y a la vez repoblación.
doble canto escondido del agua.

16

giradora de las nubes, desayuno de la bestia.

hallar la flecha, y no clavarse la frente.

miro el reloj con la hora adivinada.

17

capaz de alterar los elementos,
de eso somos.
con el único ojo ciego: la tiniebla.

18

con un brazo menos el dibujo que no termina.
de tinta, iluminado.
sobre el tablero el ojo del niño.
aura de espuma.
la madeja húmeda que desprende escamas.
un calabozo de fuego su cara: ha hecho torre.
el clavo vacía mi piedra.

19

nace todo lo que vemos continuamente.
jaba de la memoria que junta objetos enamorados.
la proa del único rompehielos, guillotina del tiempo.

20

suavidad desnuda sobre esa mesa de bisección:
carro ancho y mullido la idea
la complejidad de los sabores.
plancha de mármol traspasada
por el musgo de un nacimiento.
cribada con pliegues aceitosos, la palabra.

21

tan lento el telón que se incendia:
envaina sus sonidos.
cielo niño destrama.
una zeta.
que al espantarme disperse estos números.

22

volví a mi con hambre.
a mi constelación de lajas verdes.
la bañera de plata reflejando
mis uñas de marfil talladas por la locura.
retomo el poder, decía.

LA POLVORA DEL ALMA

*« Yo, el hambre y tu rostro,
el mar lento y lo que sobrenada
tal el paisaje. »*

Roque Dalton

la cocina y su naranja ilumina a medias un cigarrillo a medias. el bosque está fabricando el sueño para la noche que aparece. a guarecerse en tu alfombra de luna, a comer de tu boca. burbujas de una botella sin abrir, que también friza este instante. sin respaldo, esta silla. a la columna obligando a generar un arco tenso, inusual, doloroso. la escritura busca desanimarla. sombreritos, niños, dos naranjas. el verde del encendedor en una exacta diagonal, como tu pierna. pollera que danza con mis manos, guardando el calor de la tarde.
el día transcurre detenido en tus brazos.

golpea los cimientos de las casas, los balcones, los
techos, la noche.
el viento desarmando las rosas.
ni luna ni estrellas: se las han llevado.
tampoco cielo: el silencio.
el tanque desborda su cuerpo humano, fragilidad de
contener. el corazón un reflector herido y en la
niebla estampa.
rayos nos azucenan.
hondura espesa, en este foso de obsidiana, donde
permanecemos buscando la fisura de lo bello, la
verdad posible.

hirviendo en las pupilas ajadas. mordeduras de sal de algún cuenco. no en la curva misma, sino en el piso amarillo. lleno de clavos, con números exactos que hacen un parque oscuro. el agua al ras disuelve las mejores manos, helándoles sus poros. gira en el aire la madera y el cardo seco: ¿reclama o como venda muda agrega más tierra a su boca? inciso dibujo que acompaña la sogá. escalera de letras invertidas en pegar justo al final del reloj. no hay sombra ya, hay música furiosa. toda planicie de espejos húmedos, toda piel. del brazo dividido saco estrellas sin lenguaje convertidas al instante en arena. un semicírculo de tela soporta el peso del verdadero sueño.

te cruzo empecinada en mojar. te cruzo casi en la esquina donde la noche se detiene a besarnos, como si en el charco la gloria fuera pequeña de tan airosa. y salís al socorro, con las luces prendidas, iluminando el angosto camino que lleva a tu padre. aprisionada contra el fondo inmenso de las lauras oscuras y mojadas. en el raspar de tu hombro amarillo algo quedó y posiblemente lo sepas. con este acero, la transfiguración que está gestando nuestro cruce. cansada, de terciopelo toda, hasta los pies, con mis lagunas a medio nadar. adjetivaciones agonizantes al filo de la hora: en esta lata la pólvora de mi alma. hablás, aunque no estés, de su blancura o esperanza, del resplandor que nos parte. hicimos a un lado la fosa. criamos un palomar entero para señalar las alas. y vemos todavía las plumas en la terraza color hueso. madera y raso. alegría al poder desteñir tus ojos negros dejando surcos que te llevan. llegás con las mismas luces prendidas pero con la marca que deja un viaje. nada se puede dejar de mover, me digo. la gracia que enhebra nuestro secreto no se pierde. se diluye si, el secreto. inflama este aire viciado. siempre pensé que las manos eran para eso.

la palabra enredada. en su interior la sucesión de
fuegos, el ruido de cristales, las compuertas. esa zona
morada que tapiza la gruta. retirándose, como las olas.
devolviendo lo escondido a su manchón de memoria,
ese velar comienza. humo en las noches gitanas. las
rejas ya dañadas. transfigura la finita interrupción
reduciéndola a un día. en un estuche plegable, lleno
de arena, traigo las lunas. adormecerse como presa.
el cielo encerado bebe de sí. ni el colibrí sabrá que
sucede, ni la daga dejará de clavarse. siempre el viento,
como peste nocturna grabando las aguas.
y en su envoltura, alcanzará la distancia justa para
despertar.

nunca. otra vez. llamando al oído para que hable.
otra vez, con un monótono de base, explico cómo
no suceden las cosas. alguien sabe jardines, cielos
rosas, fotos inclinadas. sonidos de lluvia caminan por
las ranuras, hilos inmensos terminan en la línea que
puntea la mirada. ¿es dorado el día?. el lago se mueve
en la dirección del recuerdo. deja lo diáfano, su
superficie espejo y hunde la callada espesura de su
corazón. una palabra no dicha. ¿es dorado el día,
siempre? una huella gesta este crisol que profana o
invierte sin saber bien. zona que los huesos ignoran.
la espalda húmeda por nadar. hay historia en las olas.
nieve negra silba su llanto. guardar todo. limpiar los
restos de lo comido, lo deseado. un encallado que
sólo se maravilla con su sombra. devuelta a la vida.
canto del agua que crece. vestiste de sirena sin serlo.
nunca jamás.

volviste.

sobre mi hombre inconcluso. nada es fuego recién encendido. tu voz que no dice: sólo a oscuras. el pasado con sus filones azules. sordera del bosque. da vueltas sobre sí mismo. en llamas, como mi cuerpo. ser vegetal. de tus pupilas. la noche alimenta estas letras.

Reynaldo Jiménez

Sobre *La rotonda del cielo* *

Ante lo que no va ni viene en línea recta, ante lo que se presenta como íntegro devenir y por ende mutación, sólo resta perderse; a lo sumo cabría señalar que *La rotonda del cielo* es un libro cenestésico, hecho más de sensaciones y retazos de percepción que de afirmaciones conceptuales, más de presentimientos y pulsiones maceradas que de acopios de la memoria cultural. Aun cuando su metáfora inicial y maternal, femeninamente abarcadora —la del título—, sea la de la circularidad y por ende la extensión concéntrica, los textos en sí despliegan, a ritmo gorgoteante, una figuración en fuga, una hilación sólo asequible una vez que se acepta su juego de saltos: hay que dejarse asaltar por la ronda de imágenes muchas veces desasidas, para dar el salto con ellas, y así dar desapegado oído a una persistente reflexión que multiplica sus objetos, objetora de conciencia del sentido prefijado y, sin embargo, capaz de asumir la vera intensidad de un itinerario espiritual que, en cuanto tal, no instala sino en lo discontinuo, lo oblicuo, lo incompleto. La insuficiencia del lenguaje se trasluce como intermitencia del estar.

*se escribe con el punto final puesto.
la ilusión en ese punto, la dirección de la flecha.
se escribe como se vive.*

* Texto leído por R. Jiménez en la presentación del libro, en el año 2001 en S. C. de Bariloche.

Surge así, qué duda cabe, la zona asequible de una poética que apuesta por la escritura en tanto pasaje, en un tránsito que parece presentarse por esquivas de un diario íntimo del que sólo se nos permitiese hurgar los destellos, esos puntos (móviles) de máxima concentración energética en la palabra, allí donde, con toda precisión —es decir: con entera ambigüedad—, la voz escrita e imaginaria evita cualquier afirmación de la identidad. La insurgencia de esta poética, que apuesta por la fluidez compositiva, consiste en pelar conexiones y dejar al aire las inciertas galaxias itinerantes de su atisbo.

no más preguntas

()

pintaré todo de blanco.

Subsiste en el tono del libro una persistente agitación (*la manga del vendaval, la seda de la hoja*) que eclosiona instancias barrocas, aunque no en la consagración a un estilo, a una línea premeditada de influjos, sino a causa de una dicha verbal de aliento cornucópico en asociaciones, frote dichoso y celebrante de los propios elementos utilizados, herramientas del ánima porosa por las que cantan los extremos, la extremada circulación. Cultura e instinto, si realmente pudieran separarse —según pretende un cierto adiestramiento—, son mitades que se integran recreando el hecho simbólico: *sólo un animal / que escucha a chopin*.

Hasta la aparición de una simple letra, ceniza basal para el continuo renacimiento de la atención implícito en el proceso compositivo del poema, apenas *una zeta*, ofrece la eclosión consciente de la voz en su posibilidad de incantamiento. La música del sentido está en la carnalidad de la dicción, que entona lo nombrado. Se detiene de continuo la voz puntuada, en la escritura de Pablo Cortondo, a medida que celebra y auspicia el silencio, esa sensación cuya verdad

emotiva pero transpersonal interesa al oído porque afecta al sentido.

*alguien habrá debajo,
olfateando lo sediento invisible.*

Hay una confianza, profesión de fe, en estos poemas, que se aparta —como en la aceptación instintiva de un lujo primitivo, primordial, de austera condición en esencia y, sobre todo, de aventura— de ese enjambre presuroso empeñado en producirse como «nueva poesía» en nuestra parte del «mundo». *La rotonda del cielo* sencillamente no liga con las estéticas realistas al uso, identificadas de manera errónea y reduccionista con su generación —y ello debido a un hecho crucial en su trabajo: la sintaxis, la prosodia en su respiración, potencian las posibilidades expresivas de la lengua, poniendo en riesgo cualquier previsibilidad, aunque, cabe aclararlo, sin recaer tampoco en la prolija inconsistencia o el derrape efectista. Lejos de todo ello, estamos ante un libro que no dejará de ser leído en sucesión de entradas, en revisitaciones en pos de una reminiscencia enigmática que lo sustenta, a la luz de su escritura en suspensión. Poesía que hace más y más lugar al *doble canto escondido*:

*dejo la ventana abierta:
el batik colgado se convierte en violín.
un laberinto y sin embargo, seguís
mi mano a través de la pared fresca.
oído, aullido suave de la lengua.*

Reynaldo Jiménez



Pablo Cortondo

nació en Bahía Blanca en 1963.

Desde 1967 vive en Bariloche.

Es poeta y artista plático.

Ha formado parte de los Grupos de Arte:

"Surotoror", grupo de poetas

"La Luna con Gueño",

"Grupo de Arte Providorio (GAP)",

En el marco de los encuentros

de poesía del grupo "La luna con gueño"

realizó antologías de la obra poética

Francisco Urondo (1993),

Jacobo Fijman (1994)

y Alejandra Pozzani (1995).

Publicó en el libro "Marcas en el tránsito"

(Editorial Último Reino) (1995), antología

de poetas jóvenes barilocheños.

Tiene dos libros inéditos: "Salamandras"

y "Las islas flotantes".



REVUELTO MAGALLANES

